



Alberto Jiménez-Becerril y su esposa, Ascensión García, posando con dos de sus tres hijos.

ALBUM FAMILIAR

fútbol y pasamos también algunas vacaciones juntos», recuerda. «Lo único importante para nosotros era que los niños tuvieran una vida lo más normal posible». La Fundación Alberto Jiménez-Becerril premió a Teresa Barrio por su labor y lo hizo extensivo «a todas las abuelas y madres que cuidaron a los niños que fueron víctimas del terrorismo».

Siempre juntos

Once años después del crimen, Teresa Jiménez Becerril tomó el relevo de su hermano aunque todavía hoy, después de haber sido diputada y europarlamentaria, recalca que «el político era él». Ella quería decir cosas como que «los verdaderos héroes son los asesinados y miles de heridos por ETA y no los terroristas que son homenajeados por asesinar inocentes, algo insoportable no solo para las víctimas sino para cualquier persona con conciencia».

Todas las crónicas de la época cuentan que la pareja estaba muy enamorada, que siempre estaban juntos y que ella llevaba tres clavetes rojos en la mano cuando les mataron. La noticia se extendió aquella noche por las calles de Sevilla —de boca en boca, más lentamente que como habría sido hoy, porque era un mundo casi sin móviles— y conmocionó a toda la ciudad. «Los velaron en Sevilla. Entre los asistentes, el alcalde de Pamplona, Tomás Caballero, que murió asesinado por ETA unos meses después.

La tragedia se cebó con la familia. Una tía de Alberto, la hermana pequeña de su madre, murió en un accidente de tráfico cuando regresaba del funeral. «Tardamos días en contárselo a mi madre, que no lo habría podido soportar tras lo de su hijo y su nuera. Le quitamos los cables a la tele y sólo la poníamos para ver películas de Disney».

Aunque se hablaba de Alberto y en casa siempre hubo fotos suyas por doquier —casándose o vestido de nazareno—, el atentado empezó a ser un tabú para todos. «No diría que fue malo. Fue un pacto, una manera de protegernos unos a otros. Entendías el enorme sufrimiento». Sin saberlo, hasta los niños comenzaron a formar parte de aquel pacto tácito. «Pienzas que no son conscientes, pero lo son. Hay una anécdota que recuerdo. A casa llegaba el 'ABC' todos los días. Cuando Albertito tendría diez u once años vio en la portada una foto de un atentado de ETA. Se lo llevó corriendo a la persona que le cuidaba y le pidió que lo guardase rápido, antes de que lo viera su abuela».

Me enteré por teléfono, de la forma más horrible. Ahora, sólo le pido a Dios que venga lo que tenga que venir pero que tenga tiempo de asumirlo, que no sea una llamada». Aquella madrugada del 30 de enero de 1998, Teresa Jiménez-Becerril descolgó el teléfono en su casa de Turín, a 1.800 kilómetros de Sevilla. En la capital andaluza ETA acababa de asesinar a su hermano, Alberto Jiménez-Becerril y su esposa, Ascensión García. Él tenía 37 años, era teniente alcalde del PP en la capital andaluza y regresaba de una cena con unos compañeros dando un paseo con su esposa, que tenía 39 y ejercía de procuradora de los tribunales.

Apenas un mes antes, a finales de diciembre, la banda había amenazado en un comunicado a «todos los representantes políticos del PP, que están implicados hasta el cuello en la guerra para destruir a Euskal Herria como nación». Aquella amenaza de muerte hacía presagiar la magnitud del desastre que se avecinaba: «Desde los representantes del Gobierno español hasta el último concejal». Se imponía la penoncia Oldartzien, la llamada socialización del sufrimiento, que se había aprobado a finales de 1994. Desde esa fecha, la banda había matado a cuatro concejales del PP, todos ellos en Euskadi: Gregorio Ordóñez en San Sebastián, Miguel Ángel Blanco en Ermua, José Luis Caso en Irún y José Ignacio Iruretagoyena en Zarautz. En ese periodo lo había intentado, sin éxito, con la donostiarra Elena Azpiroz y el alavés Fernando Viza.

«Alberto no llevaba escolta. En aquella época había pocos que la tuvieran, quizá en Madrid, en el País Vasco o en Navarra, pero no

«Para protegernos unos a otros, no se hablaba en casa del atentado»

25 aniversario. Teresa Jiménez-Becerril recuerda a su hermano Alberto y su cuñada, Ascensión García, que fueron asesinados a sangre fría en Sevilla

JESÚS J. HERNÁNDEZ



en Andalucía», recuerda. El propio Alberto lo había comentado con otro edil pocos días antes de que le mataran, al salir de un curso de autoprotección. «Pero cómo va a pasarnos algo aquí, en Sevilla». Por aquellas fechas, la Policía sospechaba que ETA tenía «un grupo de información» que más tarde se sabría que era el «comando Andalucía». En 1999 la Audiencia Nacional condenó a 30 años de prisión, como autores materiales, a los etarras José Luis Martín Barrios y Mikel Azurmendi.

Cuando ETA asesinó en Sevilla a Alberto Jiménez-Becerril y su esposa, el PP tenía 24.699 concejales repartidos por los pueblos de España. Y cada uno de ellos sintió aquel día el peso de la amenaza sobre sus hombros. Algunos, ofrecieron su testimonio al día siguiente.

«Ni llevo ni me gustaría llevar escolta. No tengo miedo», declaró Antonio Inoza, edil del PP en Barcelona. El madrileño Sigfrido Herrera se mostró preocupado: «Es imposible asegurar la vida de todos nosotros». Alberto Gutiérrez, edil del PP en Valladolid, resumía un miedo creciente entre sus compañeros y que se iba a generalizar rápidamente: «Cada vez que arranco el coche, siento una extraña sensación».

25 años después, Teresa Jiménez-Becerril recuerda aquella llamada telefónica y las horas que vinieron a continuación. «Me fui al aeropuerto directamente, con mi niña de unos meses en brazos, y volví a España tirando durante todo el viaje». Confiesa que tiene difuminados buena parte de aquellos recuerdos. El más doloroso, sin duda, pensar que los

tres hijos del matrimonio se quedaban huérfanos: Ascensión, de 8 años, Alberto, de 7, y Clara, de 4.

Ahí surge una figura enorme: la de la abuela paterna, Teresa Barrio. «Mi padre había muerto con 58 años y fue mi madre quien crió a los tres hijos de Alberto», cuenta Teresa, que también se mudó una temporada a Sevilla para ayudar. «Luego, en los veranos, Albertito —el hijo varón del matrimonio— venía a Italia con nosotros a un campamento de



Teresa Jiménez-Becerril

Cuando ETA lo asesinó, había casi 25.000 concejales del PP en España. Todos ellos sintieron el peso de la amenaza